

PAYASADAS



KURT

VONNEGUT

Refugiado en las ruinas del Empire State, Wilbur Rockefeller Swain, médico de profesión, monstruo de nacimiento y el último presidente de los Estados Unidos, repasa la historia de su vida y la de su país como si fueran una sola. Y en ese repaso no puede faltar Eliza, su hermana gemela: "No éramos idiotas... Éramos algo nuevo. Éramos neandertaloides". Un día, los gemelos descubren que, cuando sus cuerpos se tocan, sus mentes se funden en una única mente genial. Rechazados por sus padres, aislados de la sociedad, inventan una fórmula para terminar con la soledad en el mundo.

Kurt Vonnegut, uno de los más grandes escritores estadounidenses del siglo XX, despliega en esta novela su talento incomparable para reflexionar sobre el tema que lo obsesionó siempre: las catástrofes que causan los hombres en su afán por alcanzar el bienestar y la felicidad.

Solo llámame amor,
y seré bautizado de nuevo...

Romeo

*Dedicado a la memoria de
Arthur Stanley Jefferson y Norvell Hardy,
dos ángeles de mi tiempo.*

Prólogo

Esto es lo más parecido a una autobiografía que escribiré jamás. La he titulado *Payasadas* porque trata sobre la poesía grotesca de ciertas situaciones, como las viejas comedias cinematográficas del género *slapstick*, sobre todo las de Laurel y Hardy.

Así es como yo siento la vida.

Mi limitada inteligencia es sometida a pruebas continuas.

Lo más gracioso de Laurel y Hardy, en mi opinión, es que obtuvieron el puntaje máximo en cada prueba.

Nunca dejaron de negociar de buena fe con el destino, y por eso eran estrepitosamente cómicos y adorables.

*

Había muy poco amor en sus películas. En todo caso, a menudo se aludía con ironía poética al matrimonio. Pero era solo otra prueba más, con posibilidades cómicas, siempre que todos se sometieran a ella de buena fe.

El amor no estaba en el tapete. Y, como Laurel y Hardy me fascinaron y me educaron constantemente durante mi infancia en la Gran Depresión, me resulta natural hablar de la vida sin mencionar el amor.

No me parece importante.

¿Qué me parece importante? Negociar de buena fe con el destino.

*

He tenido algunas experiencias con el amor, o creo haberlas tenido, aunque las que más me han agradado se podrían describir como "simple decencia". Traté bien a alguien por un tiempo breve, o quizá por un tiempo tremendamente largo, y esa persona me trató bien a su vez. El amor no tenía nada que ver.

Además: no puedo distinguir entre el amor que siento por la gente y el amor que siento por los perros.

Cuando era niño, y no estaba mirando comediantes en el cine o escuchando comediantes por la radio, pasaba mucho tiempo revolcándome en la alfombra con perros que brindaban su afecto sin el menor sentido crítico.

Todavía lo hago a menudo. Los perros se cansan mucho antes que yo, y se sienten confundidos e incómodos. Yo podría seguir para siempre.

Hi ho.

*

Una vez, al cumplir veintiún años, uno de mis tres hijos adoptivos, que estaba por viajar al bosque tropical amazónico con el Cuerpo de Paz, me dijo:

—Nunca me has abrazado.

Así que lo abracé. Nos abrazamos. Fue muy agradable. Fue como revolcarme en la alfombra con un gran danés que teníamos.

*

El amor está donde lo encuentras. Creo que es una necedad ir a buscarlo, y creo que a menudo puede ser venenoso.

Ojalá la gente que convencionalmente debería amarse se dijera, en medio de una pelea: "Por favor, un poco menos de amor, y un poco más de simple decencia".

*

Mi experiencia más larga con la simple decencia ha sido con mi hermano mayor, mi único hermano, Bernard, que es un científico que se dedica al estudio de la atmósfera y ejerce en la Universidad Estatal de Nueva York, en Albany.

Es viudo, y cría a dos hijos pequeños por su cuenta. Lo hace bien. También tiene tres hijos grandes.

Al nacer, nos dieron mentes muy diferentes. Bernard nunca podría ser escritor. Yo nunca podría ser científico. Y, como nos ganamos la vida con la mente, solemos considerarla un instrumento, algo separado de nuestra conciencia, de nuestro yo central.

*

Nos hemos abrazado tres o cuatro veces. En los cumpleaños, probablemente, y con torpeza. Nunca nos hemos abrazado en momentos de pesadumbre.

*

Al menos, las mentes que nos han dado disfrutan del mismo tipo de humor: Mark Twain, Laurel y Hardy.

Además, son igualmente desordenadas.

He aquí una anécdota sobre mi hermano. Con variaciones menores, el protagonista podría ser yo.

Por un tiempo Bernard trabajó para el laboratorio de investigación de General Electric en Schenectady, Nueva York, y allí descubrió que el yoduro de plata podía lograr que

ciertos tipos de nubes se precipitaran como nieve o como lluvia. Su laboratorio era un desbarajuste donde un intruso torpe podía morir de mil maneras, según con qué tropezara.

La empresa tenía un encargado de seguridad que casi se desmayó al ver esa jungla de trampas y emboscadas. Reprendió a mi hermano a gritos.

Mi hermano se tocó la frente con la punta de los dedos.

—Si usted cree que este laboratorio es caótico —le dijo—, tendría que ver lo que hay aquí dentro.

Etcétera.

*

Una vez le dije a mi hermano que cuando hacía reparaciones en la casa perdía todas las herramientas antes de terminar la tarea.

—Tienes suerte —me dijo—. Yo siempre pierdo aquello en lo que estoy trabajando.

Nos reímos.

*

Pero, a causa de las mentes que nos dieron al nacer, y a pesar de su desorden, Bernard y yo pertenecemos a familias extendidas artificiales que nos permiten tener parientes en todo el mundo.

Él es hermano de científicos de todas partes. Yo soy hermano de escritores de todas partes.

Esto nos resulta divertido y confortante. Es agradable.

También es una suerte, pues los seres humanos necesitan todos los parientes que puedan conseguir, como posibles donantes o receptores, no necesariamente de amor, sino de simple decencia.

*

Cuando éramos niños en Indianápolis, Indiana, parecía que siempre tendríamos una familia extendida de parientes genuinos. Nuestros padres y abuelos se habían criado allí con un montón de hermanos y primos y tíos. Sí, y sus parientes eran cultos, amables y prósperos, y hablaban con elegancia el alemán y el inglés.

*

Por cierto, todos eran escépticos en materia de religión.

*

Recorrían el mundo cuando eran jóvenes, y a menudo tenían aventuras maravillosas. Pero tarde o temprano les decían que era hora de volver a Indianápolis y sentar cabeza. Invariablemente obedecían, pues allí tenían muchos parientes.

Y además había cosas buenas para heredar: empresas sólidas, casas cómodas y sirvientes fieles, crecientes montañas de porcelana, cristalería y platería, reputación de honradez, cabañas en el lago Maxinkuckee, en cuya costa oriental mi familia una vez tuvo toda una aldea de casas de veraneo.

*

Pero el deleite de mi familia en su propia existencia fue mutilado para siempre, creo, por el súbito odio hacia todo lo alemán que cundió entre los americanos cuando Estados Unidos entró en la Primera Guerra Mundial, cinco años antes de que yo naciera.

Los niños de nuestra familia ya no aprendían alemán. Tampoco se los alentaba a admirar la música, la literatura, el arte y la ciencia alemanas. Mi hermano, mi hermana y yo nos criamos como si Alemania fuera tan extranjera como Paraguay.

Estábamos privados de Europa, salvo lo que aprendíamos en la escuela.

Perdimos miles de años en muy poco tiempo, y luego decenas de miles de dólares, y las casas de veraneo y demás.

Y nuestra familia se volvió mucho menos interesante, sobre todo para sí misma.

Después del final de la Gran Depresión y de la Segunda Guerra Mundial, a mis hermanos y a mí nos resultó fácil irnos de Indianápolis.

Y a ninguno de los parientes que dejamos atrás se le ocurría un motivo para que volviéramos a casa.

Ya no pertenecíamos a ninguna parte en especial. Éramos piezas intercambiables de la maquinaria americana.

*

Sí, e Indianápolis, que en un tiempo había tenido su propio modo de hablar inglés, y sus propios chistes y leyendas y poetas y villanos y héroes, y galerías para sus propios artistas, también se había transformado en una pieza intercambiable de la maquinaria americana.

Era solo otro lugar insulso donde vivían los automóviles, con orquesta sinfónica y todo. Y con pista de carreras.

Hi ho.

*

Mi hermano y yo aún regresamos para los sepelios. En julio pasado regresamos para el sepelio de nuestro tío Alex

Vonnegut, el hermano menor de nuestro difunto padre, casi el último de nuestros parientes a la antigua usanza, los viejos patriotas americanos que no temían a Dios y que tenían alma europea.

Tenía ochenta y siete años. No tenía hijos. Era egresado de Harvard. Era un agente de seguros jubilado. Era cofundador de la filial de Alcohólicos Anónimos de Indianápolis.

*

La necrológica del *Indianapolis Star* decía que no era alcohólico.

Esta negación era un eufemismo de otra época. Sé que él bebía, aunque el alcohol nunca afectó gravemente su trabajo ni su conducta. Y luego abandonó de golpe. Y sin duda debía presentarse en las reuniones de A. A. como hacen todos los miembros, con su nombre seguido por esta valiente confesión: "Soy alcohólico".

Sí, y el periódico negaba gentilmente sus problemas con la bebida con la anticuada intención de salvar la reputación de los que llevábamos el mismo apellido.

Nos costaría más concertar un buen matrimonio en Indianápolis o conseguir un buen trabajo en Indianápolis si se sabía con certeza que habíamos tenido parientes que habían sido alcohólicos o que, como mi madre y mi hijo, habían enloquecido por un tiempo.

Incluso era un secreto que mi abuelo materno había muerto de cáncer.

¿Qué tal?

*

En todo caso, si el tío Alex, el ateo, se encontró frente a san Pedro y las puertas del cielo después de morir, sin duda se presentó de esta manera:

—Mi nombre es Alex Vonnegut. Soy alcohólico.
Bravo por él.

*

Supongo que llegó a A. A. no solo por miedo al alcoholismo, sino por soledad. Mientras sus parientes morían o se alejaban, o se convertían en piezas intercambiables de la maquinaria americana, él fue en busca de nuevos hermanos y sobrinos y tíos, etcétera, y los encontró en A. A.

*

Cuando yo era niño, él me decía qué leer, y luego se aseguraba de que lo leyera. Le divertía llevarme a visitar parientes que yo ignoraba que tenía.

Una vez me dijo que había sido espía estadounidense en Baltimore durante la Primera Guerra Mundial, trabando amistad con los germano-americanos de esa ciudad. Su misión era detectar agentes enemigos. No detectó nada, pues no había nada que detectar.

También me contó que durante un tiempo investigó casos de corrupción en la ciudad de Nueva York, antes de que sus padres le dijeran que era hora de volver a casa para sentar cabeza. Descubrió un escándalo relacionado con grandes gastos para el mantenimiento de la tumba del general Grant, que requería muy poco mantenimiento.

Hi ho.

*

Recibí la noticia de su muerte por un teléfono blanco con botonera, en mi casa de esa parte de Manhattan cono-

cida como Turtle Bay, la “Bahía de las Tortugas”. Había un filodendro cerca.

Aún no sé bien cómo llegué aquí. No hay tortugas. No hay bahía.

Quizá la tortuga sea yo, que puedo vivir sencillamente en cualquier parte, incluso bajo el agua por períodos breves, con mi hogar a cuestas.

*

Llamé a mi hermano, que estaba en Albany. Estaba por cumplir los sesenta. Yo tenía cincuenta y dos.

Ciertamente no éramos pichones.

Pero Bernard todavía desempeñaba el papel de hermano mayor. Fue él quien reservó el vuelo en Trans World Airlines y el coche en el aeropuerto de Indianápolis, y la habitación doble con camas gemelas en un Ramada Inn.

El funeral, como el funeral de nuestros padres y de muchos otros parientes cercanos, fue austeramente secular, tan despojado de ideas sobre Dios y el más allá, e incluso sobre Indianápolis, como nuestro Ramada Inn.

*

Mi hermano y yo abordamos un jet que volaba de Nueva York a Indianápolis. Me senté del lado del pasillo. Bernard ocupó el asiento de la ventanilla, pues era un científico especializado en la atmósfera, y las nubes le decían a él mucho más que a mí.

Ambos teníamos más de uno ochenta de altura. Aún conservábamos la mayor parte del pelo, que era castaño. Teníamos bigotes idénticos, que eran duplicados del bigote de nuestro difunto padre.

Teníamos aspecto inofensivo. Éramos un par de simpáticas caricaturas.

Había un asiento vacío entre los dos, y esto era sinies-
tramente poético. Podría haber sido un asiento para nues-
tra hermana Alice, cuya edad estaba a medio camino entre
la de Bernard y la mía. No estaba en ese asiento ni asistía al
sepelio de su amado tío Alex porque había muerto de cán-
cer a los cuarenta y nueve años, en Nueva Jersey, entre
desconocidos.

—¡Telenovela! —nos dijo una vez a mi hermano y a mí,
hablando de su muerte inminente.

Dejaría cuatro hijos pequeños, sin madre.

—Payasadas —dijo.

Hi ho.

*

Pasó el último día de su vida en un hospital. Los médi-
cos y enfermeras dijeron que podía fumar y beber todo lo
que quisiera, y comer lo que quisiera.

Mi hermano y yo fuimos a visitarla. Le costaba respirar.
En un tiempo había sido tan alta como nosotros. Siendo
mujer, esto la incomodaba mucho. Como se sentía incómo-
da, siempre había tenido una mala postura. Ahora tenía la
postura de un signo de interrogación.

Tosía. Se reía. Hizo un par de bromas que ahora no re-
cuerdo.

Luego nos pidió que nos fuéramos.

—No miren hacia atrás —dijo.

No miramos hacia atrás.

Murió en el mismo momento del día que el tío Alex, un
par de horas después del ocaso.

Y su muerte habría sido estadísticamente irrelevante,
salvo por este detalle: su saludable esposo, James Carmalt
Adams, que dirigía una revista para agentes de compras
desde un cubículo de Wall Street, había muerto dos maña-
nas antes en el Brokers' Special, el único tren de la historia

ferroviaria estadounidense que cayó de un puente levadizo abierto.

¿Qué tal?

*

Esto sucedió de veras.

*

Bernard y yo no le contamos a Alice lo que le había pasado al marido, que presuntamente se encargaría de los niños cuando ella muriera, pero lo descubrió de todos modos. Una paciente ambulatoria le dio un ejemplar del *Daily News*. El titular de primera plana era sobre la caída del tren. Sí, y había una lista de muertos y desaparecidos.

Como Alice nunca había recibido educación religiosa, y como había llevado una vida exenta de culpa, nunca consideró que su espantosa suerte fuera algo más que una racha de accidentes en un lugar muy concurrido.

Bravo por ella.

*

El agotamiento, sí, y profundas preocupaciones económicas, le hicieron decir hacia el final que le parecía que no sabía vivir bien.

Por otra parte: Laurel y Hardy tampoco sabían.

*

Mi hermano y yo ya habíamos ocupado su casa. Cuando ella murió, sus tres hijos mayores, que tenían entre ocho y catorce años, celebraron una reunión a la que no podían